

## Educación y Diferencias de Género en dos Comunidades Rurales Michoacanas

*Education and Gender Differences in two Michoacan Rural Communities*

**Dra. Angélica  
Navarro Ochoa**

[angelica.ochoa@profesores.valles.udg.mx](mailto:angelica.ochoa@profesores.valles.udg.mx)

Centro Universitario de los Valles, Universidad de Guadalajara. México

**Dr. Rigoberto Sandoval  
Contreras**

[rigoberto.sandoval@valles.udg.mx](mailto:rigoberto.sandoval@valles.udg.mx)

Centro Universitario de los Valles, Universidad de Guadalajara. México

Recibido: 26|004|18

Aceptado: 30|09|18

### RESUMEN

Este trabajo trata sobre las diferencias educativas entre hombres y mujeres de dos localidades rurales mexicanas. Valora los factores que tradicionalmente impidieron la educación formal femenina y aquellos elementos que propiciaron que desde las últimas décadas del siglo pasado aumentara su presencia en todos los niveles educativos. Esta construido en base a algunas experiencias sobre cómo se accedió a la educación formal y se desarrolló la informal en el espacio rural caracterizado por limitados recursos económicos y educativos; muestra cómo hombres y mujeres de tres generaciones fueron socializados en un orden de género que definió su quehacer y sus comportamientos.

**Palabras clave:** Género; Educación; Generación; Ruralidad

### ABSTRACT

This work deals with the educational differences between men and women of two rural Mexican localities. It analyzes the factors that traditionally impeded formal feminine education and those elements that caused that, since the last decades of the last century, it increased its presence in all educational levels. It is built on the basis of some experiences on how formal education was accessed and the informal one was developed in the rural space characterized by limited economic and educational resources; shows how men and women of three generations were socialized in a gender order that defined their work and their behavior.

**Key words:** Gender; Education; Generation; Rurality.

## INTRODUCCIÓN

El acceso a la educación en México hasta hace unas décadas había sido un derecho que pocas mujeres ejercían, no obstante que desde los gobiernos revolucionarios se inició una cruzada a favor del alfabetismo y de la educación formal de todos los mexicanos, sin distinción de género, etnia o sector socioeconómico. La educación femenina en el ámbito rural se sitúa hasta mediados de siglo XX en el hogar y la familia, ya que difícilmente podían acceder a una educación formal, primero por una cuestión económica y segundo por la idea de que “la mujer no necesitaba escuela para cuidar niños y atender el hogar”, decía un abuelo de Telonzo. Para ellas no existía la escuela formal, en el mejor de los casos acudían con una maestra particular que les enseñara a leer y escribir; su educación estaba más encaminada a promover la moralidad y asegurar la vida doméstica que propiciara la reproducción de la familia, lo que a la vez impulsara la creación de mano de obra competente para el desarrollo económico del país. La situación de los hombres fue muy diferente, se procuraba que asistieran a la escuela y si no la había en la localidad, se les enviaba a internados o con familiares a las ciudades cercanas para que pudieran lograr una formación profesional y posteriormente, le permitiera sostener a su familia.

En la actualidad, las circunstancias cambiaron y una serie de factores propiciaron un mayor acceso a la educación formal femenina. De ahí que el objetivo de este trabajo sea valorar los factores que impidieron la educación formal de las mujeres en dos localidades del municipio de Santiago Tangamandapio, y cómo a partir de los años ochenta existieron una serie de elementos que propiciaron su acceso a la educación básica y profesional, a diferencia de los hombres que prefirieron migrar a los Estados Unidos que estudiar como sucedió en muchas localidades del país con fuertes flujos migratorios.

El trabajo presenta las reflexiones y percepciones de mujeres y hombres de cómo fueron educados en un espacio rural con limitados recursos económicos y educativos, y que se fue transformando a lo largo de la vida de tres generaciones de estudio. En este sentido, se pone atención a las diferencias de género presentes en la socialización y educación de hombre y mujeres en dos localidades rurales michoacanas: Telonzo y El Saucillo.

## METODOLOGÍA

Este trabajo tiene su origen en un proyecto de investigación de largo alcance que se desarrolló en el 2005-2007<sup>1</sup>, en aquel momento el objetivo principal no fue analizar la educación formal e informal en entornos rurales; no obstante, años más tarde, tras hacer una revisión de los datos etnográficos y la información obtenida en entrevistas que pretendían construir trayectorias laborales e historias de vida, encontramos esta veta de análisis que resultó interesante desarrollar para hablar de cómo fue el acceso a la educación formal a partir de los años 60, pero también cómo fueron socializados los sujetos para convertirse en hombres y mujeres<sup>2</sup>. Entonces se tuvo la necesidad de volver a realizar algunas entrevistas que permitieron ahondar en el tema del cual ya habían hablado

---

<sup>1</sup> El trabajo estudió la transformación de las relaciones de género a partir del impacto de la migración internacional la actividad laboral femenina y la participación comunitaria; fenómeno que se examinó desde una visión generacional: abuelas, madres e hijas, y abuelos, hijos y nietos. Se reconstruyeron ciertas experiencias o momentos de la vida de hombre y mujeres, sobre todo de aspectos relacionados con la relación conyugal, el trabajo, la migración, la toma de decisiones, entre otros; al cuestionar sobre estas variables, surgió información sobre el acceso a la educación formal, pero también sobre la educación recibida en la familia y que generalmente estuvo marcada por las diferencias de género. El estudio retomó una metodología mixta, donde se aplicó una encuesta y se lograron 51 entrevistas, 16 de ellas se convirtieron en historias de vida.

<sup>2</sup> Hombres y mujeres se inscriban en un universo genéricamente reformulado de significaciones, y a partir de las cuales se guían las acciones de los individuos para responder a una serie de expectativas sociales que otorgan atributos, valoraciones y juicios a su comportamiento (Córdova, 2003). Esas significaciones a su vez marcan los quehaceres de hombres y mujeres, casi siempre marcado por la diferencia sexual. El estudio partió entonces de analizar diferencias entre hombres y mujeres, no se estudiaron otras identidades de género porque no se encontraron, pero tampoco era el propósito del estudio.

en otro momento, lo que sucedió en el 2013<sup>3</sup>. Se valoró entonces la pertinencia de mostrar este proceso desde una mirada generacional que permite observar los cambios dados.

La investigación se sustentó en un análisis cualitativo de la información vertida en entrevistas a profundidad hechas a mujeres y algunos hombres de las localidades estudiadas, se muestran sus propias experiencias y percepciones acerca de “ir a la escuela”, o de cómo fueron educados en la familia para desempeñar sus roles de género. Así se reconstruyeron ciertas experiencias o momentos relacionados con la formación formal o informal que recibieron, y de las estrategias u oportunidades a las que accedieron para educarse, enfrentar la costumbre de que “las mujeres no son para la escuela” o “para qué sirve la escuela si después no encuentro trabajo”. Se indagó y escuchó la manera de pensar, sentir y vivir de las personas. La información obtenida se transcribió y editó para buscar mayor fluidez y dar coherencia al relato, aunque se trató de respetar el ritmo y el estilo del habla de los informantes, cuyos nombres fueron cambiados para resguardar su anonimato.

El referente teórico que se retomó para analizar y explicar estos cambios generacionales fue Berger y Luckmann (2012), quienes explican cómo se construye la sociedad desde la vida cotidiana, como realidad objetiva y realidad subjetiva mediante la institucionalización y legitimación. Así la realidad es un proceso de relaciones dialécticas, estructuras sociales y tipificaciones que hombres y mujeres interpretan, aprenden e internalizan roles, haciéndonos ver que la sociedad es un producto humano y que éste piensa, siente, conoce y se comporta según el tipo de sociedad donde haya nacido.

## TELONZO Y EL SAUCILLO: COMUNIDADES RURALES MEXICANAS

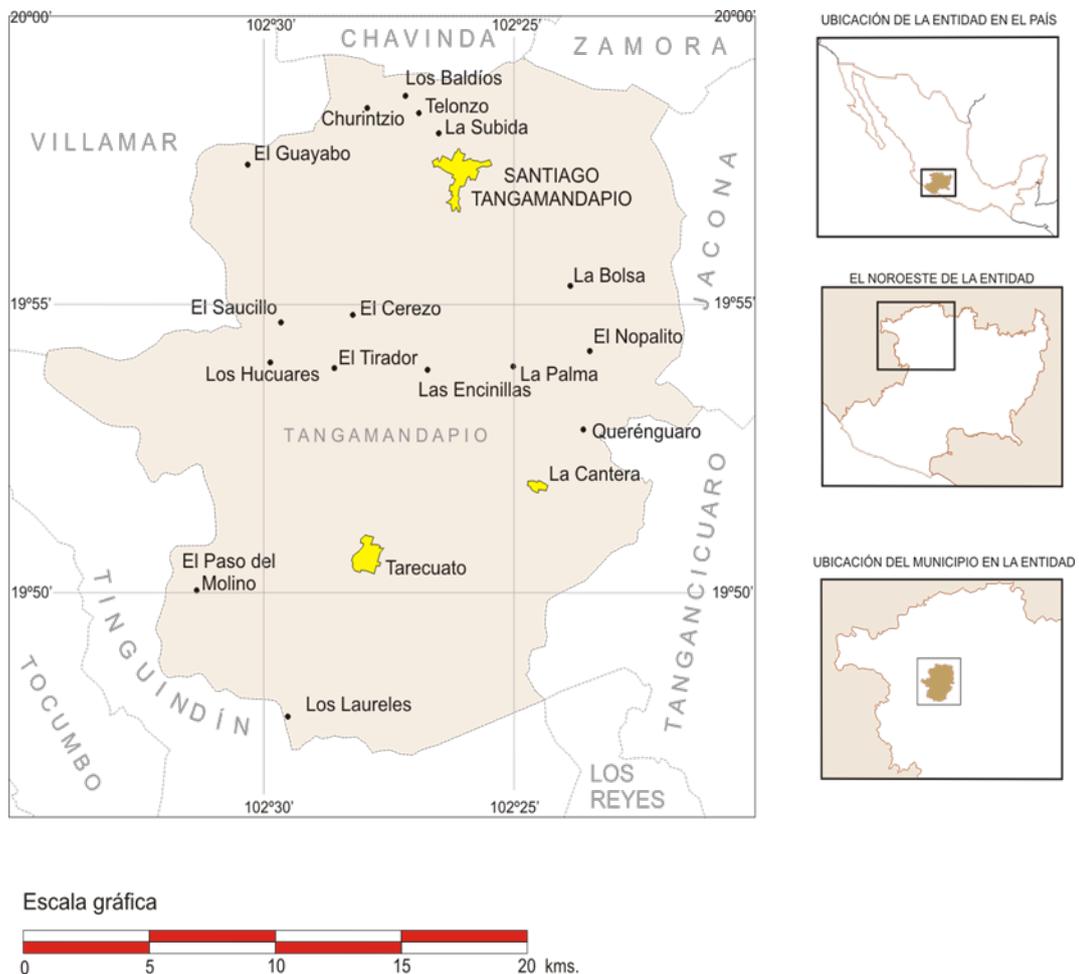
Telonzo y El Saucillo son dos localidades rurales pertenecientes a la jurisdicción territorial y administrativa del municipio de Tangamandapio, Mich. La primera localidad es una población mestiza ubicada a un poco más de dos kilómetros de la cabecera municipal, Santiago, sobre la carretera México-Nogales lo que facilita su acceso a centros urbanos mayores. Cuenta con una población de 1,011 habitantes (Secretaría de Salud, 2014). La principal ocupación del lugar es una agricultura de subsistencia practicada por pequeños propietarios y campesinos que solicitan ecueros o arriendan tierras a ejidatarios de Santiago y Churintzio. Además de la añeja migración a Estados Unidos de los hombres principalmente, en los últimos años ha despuntado la venta de enseres domésticos en “abonos” (pago en mensualidades) en toda la región de Zamora, pueblos de la cañada y la sierra; son negocios impulsados por ciertas familias del lugar, quienes contratan a hombres bajo comisiones de venta.

La segunda, El Saucillo se encuentra aproximadamente a 16 kilómetros de la cabecera municipal, a la cual se comunica por un camino vecinal que hasta mediados de 2004 se asfaltó. Tiene características de una sociedad ranchera, marcada por la trilogía ideológica de independencia, autonomía y estrictos roles de género; alejada de la vida urbana y cuyas actividades productivas se centran casi exclusivamente en el campo y la ganadería (Barragán, 1994). Según estadísticas de la Secretaría de Salud (2014), tiene una población de 575 habitantes, cifra que es de cuestionar por la fuerte migración de su gente a California. Los saucillences practican una agricultura tradicional en tierras ejidales, destinada al consumo doméstico y a la cría de animales (ganado vacuno y porcino). La localidad es completamente dependiente de las remesas que llegan de los Estados Unidos, remesas que no sólo se destinan al consumo familiar y a la construcción de viviendas, sino que también posibilitan la continuidad de la práctica agrícola. Aún sin contar con tierras de riego, han invertido en maquinaria agrícola que hace más fácil el trabajo de los adultos y ancianos que permanecen en la localidad.

---

<sup>3</sup> Se acudió nuevamente a entrevistar a ocho de los entrevistados anteriormente para indagar más sobre su experiencia educativa. Los testimonios logrados se trabajaron y editaron para dar fluidez a la narrativa, pero se mantuvo el apego a las ideas vertidas; los nombres de los entrevistados fueron cambiados para resguardar su anonimato.

Mapa 1. Ubicación de las localidades de estudio



Fuente. Elaboración propia a partir de la carta topográfica E12B18 Tarecuato 1:50 000, INEGI

## MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL

### Educación y género

En México, históricamente la educación de las mujeres ha estado marcada por las diferencias de género, que como señala Córdova (2003: 113): “son producto de elaboraciones socioculturales y no el resultado de la biología”. Por tanto, los atributos de la identidad de género no son algo natural sino una instrucción social aprendida por los referentes culturales que la sociedad va inculcando.

¿El que se nazca mujer u hombre significa que a lo largo de su vida tendrá que desempeñar determinados papeles y tareas específicas? Según el criterio del orden de género establecido geográficamente, se podría afirmar que así es. Siendo el género una construcción social, este reglamenta y condiciona la conducta de las personas, atribuyendo características distintas a cada sexo (Lamas, 2003:324), y por tanto determina el hacer de hombres y mujeres, asigna tareas “propias” de una naturaleza esencial de mujer o de hombre (West y Zimmerman, 1999:136). Estas tareas están cargadas de presuposiciones y creencias compartidas por una sociedad, que regulan y conducen el comportamiento que parece normal como lo sugieren Berger y Luckman (2012), siendo el resultado de un proceso de internalización donde algunos seres humanos solo realizan lo que la sociedad o las instituciones marcan.

En México durante décadas las mujeres no habían sido consideradas para que realizarán estudios formales o que pudiera pretender formarse en una profesión dado que estaban condicionadas a ciertos roles y aprendizajes cotidianos. Al parecer los espacios de acción de hombres y mujeres mexicanos por su género no parece ser muy diferente de otras sociedades, como lo demuestra Bourdieu (2000: 45) en su estudio de la sociedad cabileña, explica:

Ha correspondido a los hombres, situarse en el campo de lo exterior, de lo oficial, de lo público, del derecho, de lo seco, de lo alto, de lo discontinuo, realizar todos los actos a la vez breves, peligrosos y espectaculares [...]; por el contrario, a las mujeres, al estar situadas en el campo de lo interno, de lo húmedo, de abajo, de la curva y de lo continuo, se les adjudican todos los trabajos domésticos, es decir, privados ocultos, prácticamente invisibles o vergonzosos, como el cuidado de los niños y de los animales.

Estas asignaciones han sido transmitidas y reforzadas por las instituciones que rigen la sociedad: la iglesia, el estado, la familia y la escuela; retomando a Berger y Luckman (2012), éstas - las instituciones- son las que han regulado y normado las capacidades de las mujeres para obtener/aprender “conocimientos” y adoptar “comportamientos”. Así podríamos explicar por qué por décadas a la educación femenina se le restó importancia en comparación con la masculina. No obstante, hay mujeres que no se han sumado a la tradicionalidad y van construyendo otro contexto social y nuevas realidades como lo afirma Bourdieu (2000:9):

Es desear que ellas sepan trabajar, inventar e imponer [...] unas formas de organización y acción colectiva y unas armas eficaces, simbólicas y especialmente capaces de quebrantar las instituciones [familiares, religiosas, estatales y jurídicas] que contribuyen a eternizar la dominación masculina

Esto muestra que las ocupaciones y roles según género, cambian, pueden cambiar y están cambiando. Así las mujeres están exigiendo y luchando por tener mayores oportunidades de participar en los ámbitos profesionales, el trabajo fuera del hogar y por tanto percibir ingresos que poco a poco se hacen indispensables para la manutención de los hijos y los satisfactores del hogar, trascendiendo más allá de su campo de acción regulado socialmente.

Las transformaciones económicas, políticas y culturales que se fueron dando después de la revolución mexicana generaron otros estilos de vida en las sociedades rurales, el trabajo se diversificó y especializó sobre todo en las zonas agroindustriales como es el valle zamorano cercano a las localidades de estudio; las remesas provenientes del exterior por la migración a los Estados Unidos, gestaron oportunidades de acceder a la tierra, de invertir en negocios o activar el comercio; la industria y agroindustria generaron empleos y más para mujeres; aparecieron centros educativos a nivel secundaria, preparatoria y licenciatura públicos, fomentando la educación no sólo de los hombres sino también de las mujeres. Estos cambios, entre otros, propiciaron el cambio en los comportamientos de los mexicanos. Estas transformaciones socioculturales dieron diferentes oportunidades que las generaciones anteriores no tenían, actualmente las mujeres en las sociedades rurales tienen la posibilidad de acceder a la educación formal a diferencia de las abuelas y madres, quienes vivieron un sistema de valores rígidos que normalizaban lo que se consideraba como cosa de hombres y/o de mujeres.

Abordar el tema desde una visión generacional permitió observar los cambios respecto a un fenómeno dado: la educación. Por ello fue necesario escuchar las voces -discursos-, sobre todo las percepciones de las abuelas, madres e hijas, así como los cambios a través del tiempo del acceso a la educación formal, pero sobre todo de la educación que se recibió en el hogar a partir de los años 60 años<sup>4</sup>.

Así nos acercamos a las vivencias de las mujeres de dos localidades rurales de un municipio michoacano donde se vislumbran construcciones sociales en el presente, ahora el hombre no es único que puede acceder a una educación formal, el que provee el hogar, el que toma las decisiones importantes en la familia, el que puede emigrar a los EE.UU, etc.; ahora debe de negociar, acordar

<sup>4</sup> Para definir las generaciones (o cohortes) de estudio se consideró, el acceso a la educación formal como el punto a valorar, lo que tuvo que ver también con la edad. La primera generación tuvo que salir de su localidad de origen a estudiar principios básicos de lectura y matemáticas con maestras particulares y los que asistieron a una escuela sólo cursaron 3ro o 4to año de primaria. La segunda generación fue aquella que tuvo la oportunidad de asistir al nivel secundaria en la cabecera municipal. Y la última, fue aquella que salió a la capital del estado, a la ciudad de Zamora o Jiquilpan a formarse profesionalmente.

con su pareja o esposa toda aquella decisión para la reproducción y educación de los hijos. Hecho este planteamiento vayamos a examinar en que consistió la educación formal y formal que generacionalmente recibieron los habitantes de estos dos lugares.

## LA EDUCACIÓN INFORMAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE LAS DIFERENCIAS DE GÉNERO

Hasta mediados de siglo pasado, la vida de los habitantes de Telonzo y El Saucillo estuvo regida por un sistema patriarcal, como sucedía en el resto del país y especialmente en las poblaciones rurales. La vida cotidiana se regía por reglas sociales costumbristas que determinaban las actividades de hombres y mujeres, al igual que los derechos y obligaciones de padres e hijos. Los hombres eran los “patriarcas” incuestionables de la vida familiar y era suya la responsabilidad de mantener a la numerosa familia con su trabajo en el campo (Mummert, 2003: 299). El mundo femenino se restringía a lo doméstico como la preparación de alimentos, limpieza, lavado de ropa y cuidado de hijos o hermanos, así como tareas del campo y cuidado de los animales. Los hijos casados normalmente trabajaban con sus padres, estos últimos administraban los recursos y daban porciones de maíz a sus hijos -casados- por el trabajo en común.

La educación recibida por los niños en el hogar -hoy abuelos- se desarrollaba en dos formas. Por un lado, se señalaba por la familia el deber ser de hombres y mujeres de acuerdo con las construcciones sociales de conducta y, por otro, se perfilaban las herramientas -como la educación formal, la defensa de derechos, la igualdad de oportunidades, etcétera-, que se traducen en la educación individual adecuada para responder a las transformaciones en los papeles genéricos -sobre todo en las generaciones jóvenes-, y por ello entran en abierta contradicción entre sí. Los arquetipos de masculinidad y femineidad estaban insertos en una larga tradición marcada por la división de tareas tanto en el hogar como fuera de él. No obstante, también se generaron pautas que poco a poco cambiaron esta tradición y que se observó en la generación de madres y nietas.

La diferenciación de género comienza desde el nacimiento. El nacer hombre o mujer marca al individuo y desde el momento del alumbramiento se comienza a hacerse distinciones; si bien, ambos, son tratados y atendidos casi de la misma forma cuando nacen, se va perfilando el género con algunas actitudes en los primeros años de vida. Los colores de ropa y los juguetes son pequeños detalles que comienzan a fijar diferencias. Una vez que los niños van creciendo, y según su edad, se les instruye en los comportamientos según su género: qué ropa usar, qué tareas hacer, qué juguetes elegir o si acaso alguno de éstos no es propio de su sexo como las muñecas en el caso de los varones, puede ser sujeto de burlas, regaños o aplicación de motes, o incluso temor a que el infante pueda ser “mariquita” o “marimacho”.

En esta etapa comienza el “entrenamiento” del cuerpo y del género, los castigos, gritos y regaños están a la orden del día cuando el infante no responde adecuadamente a las instrucciones de los padres. Los golpes siguen considerándose el mejor correctivo. El uso de piales (cuerda que se utiliza para amarrar las patas traseras de las vacas a la hora de la ordeña), cinturones, alambres, varas y las manos, son los objetos que propinan fuertes escarmentos y generan temor entre los niños. Otra forma de aprender es mediante la observación de las tareas que realizan los padres: la mamá ocupada en las tareas del hogar y cuidado de los niños y el papá encargándose de trabajar la parcela y de proveer el sustento al hogar; esto lo internalizan y guardan el infante como una forma en la que se espera que ellos se comporten al llegar a la edad adulta.

Así hombres y mujeres van formando una conciencia individual a partir de las estructuras aprendidas y tipificadas que les brinda el mundo de la vida o mundo social (Berger y Luckman, 2012). Los comportamientos humanos confirman y legitiman el orden cultural y social al que pertenecen, pues como se verá a continuación las conductas aprendidas están en interacción con el entorno social que les rodea. Las actividades rutinarias confirman la internalización de valores o su reemplazo por otros a elección del sujeto.

En las comunidades de estudio, los niños suelen jugar a la mamá y al papá, las niñas practicando las tareas de la casa: cuidado de hijos (muñecas), preparando la comida (juego de té), ir al mandado o regañando a los hijos por mal comportamiento, criticando al esposo porque se la pasa “borracho” y de “flojo”; mientras que el niño asume su papel de jefe de hogar, de ir a trabajar y

exige que las niñas lo atiendan una vez que regresa. Esto sucedió con la generación de abuelos, porque hoy ha cambiado, ahora hay casos registrados que muestran como en algunas comunidades rurales los niños juegan a ser secuestradores y sicarios (Rea, 2010; Elpopular.pe, 2015). Así, entre juegos los infantes van aprendiendo los roles y las actitudes tipificadas y legitimadas por la familia, aprendiendo a reproducir principios sociales, normas y valores que son propios del tipo de sociedad donde les tocó nacer. Esto sería lo que Berger y Luckman (2012) denominan 'socialización primaria', en donde los seres humanos en sus primeros años de vida van adquiriendo conciencia con un modo que comparte con los otros, en un espacio y tiempo determinado, pero no son estáticas, sino que cambian con el tiempo. En este sentido, los valores y normas sociales se van transformando, aunque siguen algunas permanencias en la cotidianidad como son algunos comportamientos o formas de pensar o actuar respecto al género.

Así prevalece la asignación del trabajo doméstico a la mujer, ella es la encargada de la reproducción y de la crianza de los hijos; su mundo de vida está dentro del hogar, éste es su espacio de poder (Eguiluz y González, 1997: 174) y de interacción social tipificado por excelencia (Berger y Luckman, 2012). Mientras que el varón, será el responsable de proveer lo necesario para la reproducción del hogar. Conforme los niños y las niñas crecen tienden a percibir esto como un arreglo justo y se espera que cada uno de ellos cumpla con su parte. Pero ¿por qué esto? ¿Cómo se han establecido racionalmente estos convenios? y sobre todo ¿cómo han llegado a considerarse justos? Según Berk (1985: 78), los arreglos de esta división doméstica del trabajo mantienen dos procesos de reproducción: los bienes y servicios de la casa (comida, limpieza, niños, etcétera) y, al mismo tiempo el género. Así parece ser un sistema social organizado coherentemente en el que cada uno tienen una ocupación con roles concretos que desempeñar, construyéndose su propia identidad y tejiendo la vida cotidiana.

Recordemos que "hacer género" implica utilizar paquetes de comportamientos discretos y bien definidos que simplemente pueden introducirse en situaciones interactivas para reproducir representaciones reconocibles de masculinidad y feminidad (West y Zimmerman, 1999: 125). Entonces, estamos hablando de aprendizajes donde las mujeres desde niñas asimilan, escuchan y recrean la forma en que se espera que actúen; ellas aprenden como hacer género de otras mujeres de la familia, de su comunidad y así se diferencian de los niños y su hacer. De esta forma se les condiciona a estereotipos femeninos o masculinos, y por tanto, la práctica de ciertos roles a ponerse en práctica primero en la familia (socialización primaria) y posteriormente fuera de ella, teniendo acceso a múltiples realidades, accediendo a un conocimiento en función de su rol y posición social (socialización secundaria) (Berger y Luckman, 2012); sin embargo, existe la posibilidad de revertir las internalizaciones siempre y cuando los hombres y las mujeres hagan una reinterpretación radical de las normas y costumbres, y de inicio otro proceso renovado de socialización, que bien podríamos denominar como una socialización terciaria, como se observa en las nuevas generaciones.

En la socialización primaria, al niño se le empieza a instruir en ciertas tareas del hogar y entonces la diferenciación de género se hace más evidente. Se espera y fomenta que los varoncitos sean inquietos, latosos y demandantes; mientras que las niñas deben ser dóciles, tranquilas y obedientes, razón por la cual a ellas se las responsabiliza a temprana edad en ciertas actividades del hogar, a diferencia del niño quien sigue con mayores libertades y puede jugar en el exterior. Ciertamente las niñas a muy temprana edad realizan faenas domésticas, empiezan a realizarlas como un juego y terminan siendo parte de sus actividades cotidianas, así sucedió con la generación de abuelas, que nacieron en los años cuarenta del siglo pasado. Testifica doña Tere:

Desde que uno era niña, nos enseñaban lo que una mujer debía aprender de los quehaceres de la casa. A mí a los ocho años mis papás me compraron un metate, bueno uno a mí y otro a mi hermana la más chica. Yo me sentía feliz, me parecía un juguete y rapidito me puse a curarlo, lo limpié bien con una escobeta y sácate y le pedí a mi mamá un puñito de maíz pa' quebrar. El maíz estaba re' duro, pero ya quebradito se lo pasaba a mi hermana pa' que lo remoliera, eso era más fácil porque ella no podía quebrarlo. Poco a poco uno aprendía, como jugando, pero aprendía, y ya después mi mamá me dejó esa tarea. Ya cuando me vine con este hombre -su esposo - ya sabía moler, echar tortillas, hacer de comer y lavar<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Entrevista a Teresa Olivares, El Saucillo, febrero del 2013. Doña Tere, una abuela de 76 años, a la edad de 15 años huye con el que ahora es su esposo, y a esa edad dice: "Sabía hacer de todo cuando llegué aquí [a la casa paterna de su esposo], y pareció que llegó una criada porque me dejaron todo el quehacer de la casa".

Desde los seis o siete años y a veces más jóvenes, las niñas –hoy abuelas– realizaban faenas domésticas como barrer, lavar, “echar tortillas”, cuidar a sus hermanos menores entre otras, como parte del proceso de adquisición de su papel genérico. Los varones también, aunque con mayores libertades, comenzaban a participar de las tareas realizadas por su padre y hermanos mayores: labores del campo, cuidado de ganado, abastecimiento de leña, entre otras. En esta edad las niñas también eran iniciadas a la par de sus hermanos varones en el aprendizaje de las tareas agrícolas básicas. El padre las llevó a la parcela para enseñarles el trabajo de azadón, limpieza y abonado de las milpas de maíz, lo que no sucedía con los varones en las tareas del hogar; las pocas tareas que ellos realizan en el hogar, era el acarreo de agua y leña, dar de comer a los animales, ir a traer mandados a la tienda local, llevar algún encargo o al molino (llevar el nixtamal a moler).

En esta etapa de la vida y con las exigencias disciplinarias se conforman los rasgos generales de la personalidad que la sociedad atribuye a hombres y mujeres, los cuales servirán para las exigencias conductuales que cada género tendrá en el futuro, y que son parte de la socialización secundaria. Así, mientras las niñas se ocupaban en las actividades del hogar (espacio privado) y tareas en el campo (espacio público), los varones sólo atendían las del exterior (espacio público). Esto fue común en la generación de abuelas y madres, pero en la generación de las nietas se notan cambios significativos y esto se atribuye, según algunos testimonios: al mal desempeño de los padres. En el decir de la gente, en este proceso de aprendizaje son los padres quienes marcan el camino y en caso de desvío, son ellos los que reciben críticas, sobre todo por parte de los abuelos que juzgan el mal papel como educadores. Esta es la opinión de don Jesús, un abuelo de Telonzo:

Yo digo que de unos años para acá Telonzo se ha ido abajo, la misma familia se ha ido desmoronando. La educación de los hijos ya no es la misma que nosotros recibimos. Los hijos están echados a perder, pero no culpo a los niños culpo a los padres que no han sabido cómo educarlos. Aquí Telonzo y Santiago están perdiendo mucha fuerza porque nos hace falta un buen padre de familia; yo ya lo perdí, pero me sigue haciendo falta. Ahora se han perdido los estribos, no digo que en todos los hogares, pero sí en muchos; los padres, los umbrales del hogar se han ido abajo.

“Se han perdido los estribos”, dice don Jesús y con ello señala su percepción de que el buen aprendizaje de los deberes, saberes e identidades transmitidos a lo largo de un amplio proceso de socialización de los niños se ha vuelto más flexible. Las estructuras mentales fomentadas al iniciar la infancia ya no son tan sólidas en la adolescencia y por eso según él existe tanto problema con los adolescentes y jóvenes, y que, si no se corrigen en esa edad, en la adulta serán más difíciles de modificar. Por eso los abuelos atribuyen que “su mal enseñanza”, va en detrimento de la sociedad local y de la educación de las nuevas generaciones. En otro fragmento de la entrevista afirma:

La educación que antes recibía un niño era diferente a la de ahora. Uno no podía estar donde la gente grande estaba platicando, y sí yo estaba ahí me decían: “ve a traer algo o ve a ver si ya puso la marrana”. Y qué significaba esto: que uno no podía estar ahí. Nuestros padres se respetaban para hacerse respetar por los hijos; en cuanto nos hablaban uno obedecía de inmediato y si no, que cuerizas [les pegaban con un cinturón] nos daban y ahora no: el hijo es el grande y el padre es el pequeño, porque el hijo sabe más y el papá no sabe nada.

Y esto ¿por qué? Porque ya los padres le flojean y se olvidan de su papel de padres, de su posición y el deber que tienen de formar bien a sus hijos. Por eso hay tanto muchacho que no sabe cómo comportarse y mi temor es ¿qué hijos van tener estas nuevas generaciones? Si ni ellas no saben nada, no fueron bien educadas<sup>6</sup>.

Desde el punto de vista de don Jesús es en la familia y en la socialización primaria cuando deben interiorizarse las normas, valores, deberes y saberes que formaran al individuo para la edad adulta. Y es aquí cuando se marca y aprende “cómo se espera que se comporte”, se instruye en tareas que debe realizar y que espacios ocupar. Y su “mal enseñanza” está llevando a que esas normas, valores, deberes y saberes se estén perdiendo en las nuevas generaciones. Pero esto no hay que limitarlo a una cuestión de “mal enseñanza” por parte de los padres, aquí se conjuntan una serie de elementos que están influyendo y que son parte del contexto,

<sup>6</sup> Entrevista a Jesús Andrade, Telonzo, Mich., febrero de 2013. Don Jesús, un abuelo de 76 años, tiene una visión del cambio suscitado en las familias a raíz de diferentes acontecimientos sociales y políticos. Él observa “el cambio educativo y generacional” como negativo para la sociedad, vislumbra un futuro lleno de problemas familiares que atribuye a la pérdida de la autoridad patriarcal que gozaba su padre y que todavía él tuvo

de la “modernidad”, del avance tecnológico, la competencia del mercado, la mejora de las condiciones de vida, la lucha por la defensa de la equidad de género y de la cultural actual que socializan y educan a las nuevas generaciones.

Además, estos cambios también se deben a la transformación de las formas de pensar, actuar y a los intentos por superar un orden de género que por siglos marcó las diferencias de género. Hoy desde los distintos ámbitos sociales, educativos, políticos, económicos y religiosos, se busca también superarlas, aunque algunas tienen mayor éxito que otras. La escuela, los programas educativos y los maestros, son parte de estas estructuras que privilegian actividades que trastocan los valores y normas “tradicionales” y que están llevando a construir nuevos valores y enfrentar los que tradicionalmente fueron “impuestos” o “transmitidos” por la Iglesia, el Estado y la familia.

## EL ACCESO A LA EDUCACIÓN FORMAL Y SU DIFERENCIACIÓN SEGÚN GÉNERO

Fue hacia finales de la década de los años setenta que en ambas localidades se contó con servicios educativos de nivel primaria, hasta ese entonces los lugareños o más bien aquellos que podían acceder a una educación formal tenían que trasladarse a la cabecera municipal o las poblaciones cercanas a realizar los estudios básicos. Hoy cuentan con escuela primaria, la de Telonzo con doble turno, y un preescolar; El Saucillo además de primaria cuenta con una telesecundaria<sup>7</sup>. En esta última localidad, los dos planteles escolares han estado a punto de cerrar por la limitada matrícula -preescolar 6 niños, primaria 16 y telesecundaria 8 para el ciclo escolar 2005-2006-, debido a la fuerte migración a los Estados Unidos. La telesecundaria tuvo que abrir sus puertas a adolescentes de El Cerezo y Los Ucuare -poblaciones cercanas- para que no la cerraran. Los abuelos se quejan de esta situación porque ellos desearon estudiar, pero no pudieron por no tener los medios ni la escuela a donde ir y ahora que la tienen, no hay niños que asistan. La generación de abuelos y de padres apenas sabe leer y escribir, y muchos de ellos no tuvieron ningún tipo de enseñanza. El nivel de escolaridad aumentó progresivamente según las generaciones y en la actualidad encontramos varios profesionistas entre los jóvenes.

El sistema educativo nacional desde los gobiernos revolucionarios buscaba integrar a todos los mexicanos a la llamada cultura nacional con la finalidad de lograr el progreso, y el analfabetismo se consideraba como un factor que lo impedía, de ahí la necesidad de educar al “pueblo” (Galván, 2006:39). La Secretaría de Educación Pública (SEP) se enfocó a las zonas rurales, aunque los profesores no eran suficientes para cubrir una extensa ruralidad, por lo que se creó el plan de las Misiones Culturales para proporcionar cursos breves para formar maestros locales y llegar a las localidades más lejanas; la meta de estas misiones era enseñar a leer, escribir y contar e integrar a todos en una “cultura nacional”, además de enseñar hábitos de salud y en lo posible incidir en su calidad de vida. Se dice que en el periodo de 1923 y 1938 hubo un incremento de “misioneros de 7 a 150; el de maestros rurales de 876 a 17,047; el de alumnos matriculados, de 50,000 a 623,432 y el de personas que asistieron a las escuelas normales patrocinadas por las misiones culturales, de 147 a más de 4,000” (Gamboa, 2017) En el cardenismo (1934-1940), la educación tenía que ser “emancipadora, obligatoria, gratuita, científica, desfanatizadora e integral (Ibid: 56). Sin embargo, en la práctica esta era diferente para niños y niñas. A partir de los años 40, los programas educativos oficiales promovían la domesticidad femenina a fin de impulsar la creación de una fuerza laboral competente para el desarrollo del país (Kay Vaughan, 2003:177). De ellas se esperaba que aprendieran buenos hábitos que apoyaran desde el hogar la mejora de la salud, les enseñaron nutrición, higiene y el uso de medicina moderna e introducir el molino de nixtamal y el fogón a la altura de la cintura. Mientras al hombre se le seguía educando para ser jefe de familia, por tanto, debía formarse en un oficio o profesión.

De esta manera las diferencias de género estaban presentes. El hombre dominaba las relaciones políticas, religiosas, de propiedad y del mercado, donde su capacidad de leer, escribir y

<sup>7</sup> La telesecundaria es un sistema educativo creado en 1968 para la enseñanza del nivel secundaria a través de la televisión, apoyada por manuales complementarios a las clases vistas y la tutoría del profesor; fue creado para atender alumnos que viven en regiones rurales o de difícil acceso y que solo se impartía en algunos estados de la república mexicana. Sería hasta 1998 que se inscribe al sistema educativo nacional y se extiende a todo el país (SEP, 2015).

contar le eran útiles mientras que a las mujeres eran valoradas por su trabajo doméstico y su potencial casadero; de ahí que sus mamás les enseñaban las habilidades propias del hogar, y la capacidad de leer, escribir y contar no figuraba. Esto explica por qué en las familias de las localidades estudiadas se dio preferencia a los hombres para que estudiaran, por el supuesto de que el destino de las mujeres sería dedicarse al hogar y no requería de una educación formal para criar a los hijos y mantener sus hogares en orden. Don Rafa, se refería a la educación formal de sus hijas de la siguiente manera:

No necesitan ir a la escuela para limpiar nalgas y lavar cagada; no pa' eso no se necesita. Yo no quería ni que entraran a la escuela, se me hacía un desperdicio, pero ella [su esposa] insistió que, mínimo, la primaria pa' que supieran leer y escribir, y pues ¡quien le echó ganas la terminó!<sup>8</sup>

Rosa, su hija de 32 años, al escuchar este comentario replicó:

Mi papá no quería que nosotras las mujeres estudiáramos, pero mi mamá nos metió a todas a la escuela y mínimo estudiamos la primaria. Yo habría querido seguir, pero ¿con qué? Ahora de vieja pienso y me pendejeo, a ver ¿por qué no me fui a trabajar? así habría pagado la escuela, pero uno era re-mensa y teníamos que obedecer lo que tus padres te decían. Si no le hubiera tenido tanto miedo a mi papá, quizá si me hubiera aventado. Por eso ahora les digo a mis hijos que aprovechen la oportunidad que hoy tienen, porque si yo la hubiera tenido, no estaría trabajando en una casa.

La generación de Rosa -las nietas- acudió a la primaria, pero la mayoría de las abuelas y madres no saben leer ni escribir; algunas pocas aprendieron a hacerlo con alguna maestra particular con la que fueron algunos meses. En ambas localidades de estudio se pueden ver los cambios de tres generaciones. En las dos primeras -abuelas y madres-, predominaron los valores y pautas donde el estudio para las mujeres no cabía; solo algunas accedieron a las letras, porque fueron hijas de las familias "más acomodadas", a quienes sus padres enviaron a casa de algún pariente en poblaciones mayores para que asistieran a la escuela. Este fue el caso de una abuela octogenaria, doña Agripina, decía ella:

Mi papá me mandó a Los Reyes [Michoacán], a casa de mi tío para que pudiera ir a la escuela. Aquí no se acostumbraba que las mujeres estudiaran, nomás los hombres iban a Santiago a la escuela primaria pero no todos. La gente estaba muy amolada y no tenían con qué mandarlos. Por eso las mujeres de mi generación no estudiaron, pues con dificultad salían de su casa, mucho menos las iban a dejar ir a Santiago<sup>9</sup>.

Otro impedimento era que difícilmente los padres de familia consentían que sus hijas asistieran a escuela mixta, si bien la había, ellos consideraban un peligro que ellas estuvieran en contacto con varones pues podría peligrar su "virtud". Otro factor era la fuerte inseguridad de caminos y violencia generalizada en los ámbitos rurales contra las mujeres: robo, ultraje, entre otros, que impidió que a las niñas y adolescentes se les permitiera salir del hogar (Wilson, 1990, Navarro, 1998 y Navarro y Goyas, 2013). A esto se sumaba los temores a la impartición de una educación sexual, así como hábitos de higiene, el uso de medicamentos modernos y otras "modernidades" que contradecían sus costumbres, creencias y hábitos tradicionales. Pero el acabose para los padres, sobre todo de la generación de madres, era que se atacara a su institución rectora: la iglesia; la religión católica las había dotado de una imagen emotiva de sí mismas y el simbolismo de la Virgen María y de la Sagrada Familia, imágenes más significativas que las que proporcionaban la educación impartida por el estado: la Bandera y el Himno Nacional. Por estas razones y cuando había la posibilidad económica, los padres preferían pagarle a una mujer solterona, monja o maestra retirada para que les enseñara en su casa bajo su control.

<sup>8</sup> Entrevista a Rosa Mandujano, Telonzo, Mich., febrero del 2013.

<sup>9</sup> Entrevista a Agripina Valencia, El Saucillo Mich., 13 de enero del 2006. Doña Agripina es una de las pocas mujeres de su generación de abuelas que tuvieron el privilegio de estudiar y aprender algo de enfermería, la cual le permitió una vez casada prestar servicios de primeros auxilios y atender una pequeña la farmacia en el rancho de El Saucillo.

Después de los años 50 existieron factores que alentaron la educación de la mujer. El estado se consolidaba y buscaba que el modelo de sustitución de importaciones se desarrollara, para ello era necesario generar una mano de obra capacitada; subsidió y creó escuelas, negoció programas de estudio y fomentó el aumento de maestros, además que los cambios de mentalidad y las nuevas condiciones socioeconómicas de las localidades –la reforma agraria había concluido, la revolución verde caminaba, la generación de mayores oportunidades de empleo era palpable, se procuraban los servicios públicos, entre otras– propiciaron un mayor acceso a la educación formal ya no sólo para varones sino también para mujeres. Por otro lado, la violencia rural comenzaba a desaparecer gracias a la institucionalización de la autoridad local. Así la seguridad en los pueblos y en los caminos aumentó la movilidad y la asistencia escolar de las mujeres (Kay Vaughan, 2003: 192).

Pero las cambiantes condiciones socioeconómicas de los años cincuenta y sesenta que facilitaron las condiciones de vida de muchos mexicanos en el país, específicamente en las ciudades, difícilmente llegaron a las zonas rurales. Ahí fueron otros acontecimientos que provocaron cierto alivio socioeconómico en ambas localidades. Los programas braceros y la migración a Estados Unidos los que propiciaron que las familias telonceñas y saucillenses pudieran mejorar sus condiciones de vida y con ello, la educación de los hijos. Fue la migración masculina y la llegada de los dólares, los que vinieron a transformar muchas localidades michoacanas.

Y con esto la educación de las mujeres adquirió otro tinte, los ingresos de las familias no sólo permitieron lograr bienes, mejorar la calidad de vida sino también un mayor acceso a la educación para hombres y mujeres. Los ámbitos de acción femenina se diversificaron pese a la oposición y censura de los abuelos; el trabajo femenino se hizo común y no sólo en la familia sino fuera de ella. Las mujeres que integraron la generación de madres, la mayoría saben leer y escribir, y algunas terminaron la primaria. Para cuando ellas llegaron a la edad de estudiar ya contaban con un maestro que venía a su localidad a darles las primeras letras, ya no tenían que trasladarse a la localidad más cercana que tenía escuela; además de que las mamás (la generación de abuelas) empezaban a aceptar que sus hijas tomaran clases junto con los varones.

Aunque el que ellas recibieran una instrucción formal seguía generando opiniones encontradas entre sus padres, ya que predominando la opinión de que para un buen desempeño en el hogar no se necesitaba de escuela. No obstante, muchas madres –hoy abuelas– ya procuraban que todos sus hijos e hijas asistieran a la escuela primaria, oportunidad que ellas no tuvieron. Sin embargo, los varones de esta generación gozaron de un mayor nivel de educación formal, al terminar la primaria se los enviaba a la ciudad más cercana, Zamora en este caso, a continuar sus estudios y no faltó aquel que se trasladó a un internado en la capital del estado hasta concluir una carrera profesional. Decía un habitante de El Saucillo: “El primero que terminó aquí una carrera fue el maestro Ladislao, después fue José que se hizo licenciado, después les siguieron otros, pero yo creo que entre todos no hay más de 10 que estudiaron una carrera aquí de mi generación”<sup>10</sup>.

Las abuelas y madres comenzaron a ocuparse de actividades remuneradas –en Zamora y en los Estados Unidos–, y con ello propiciaron cambios en los roles femeninos que se consolidarían con las generaciones venideras. Aprendieron nuevas habilidades, pero también comenzaron a cuestionar las desigualdades de género respecto al acceso educación y aunque tarde, intentaron superar la suerte que les tocó. Así lo comentó Amelia, de la generación de madres.

Mi padre con trabajo nos dejó ir a la escuela primaria aquí y ya mero que nos iba dejar trabajar. Lo que no sucedió con mis hermanos que estudiaron hasta la secundaria; Jesús y Rogelio se fueron al norte apenas salieron la secundaria. Yo siempre quise estudiar. Estando chica vinieron unas monjitas y me quería ir con ellas, pero ¡cuándo me dejó mi padre! Por eso cuando pude, aunque vieja, estudie. Ahora soy auxiliar de enfermera, me costó mucho pero ya soy alguien y digo que me costó porque estuve a punto de que mi matrimonio se echara a perder. Y todo porque según la mujer era pa’ la casa y no para andar en esos trotes, no sabes cuánto problema con mis suegros por eso [...]. Me propuse y les demostré que una mujer puede conseguir lo que quiere siempre y cuando se lo proponga y le eche ganas.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Entrevista a Ignacio Yépez, El Saucillo, febrero de 2013.

<sup>11</sup> Entrevista a Amelia Hernández, Telonzo, Mich., febrero de 2013

Así se comenzarían a debilitar las bases del orden de género tan arraigado en el espacio rural y para lograrse, la educación, la diversificación de las actividades, los ingresos aportados por ellas y una mayor participación femenina en la toma de decisiones en el hogar, tuvieron que ver. Así lo expresó don Ignacio:

Aquí es otra cosa desde que las mujeres empezaron a estudiar y a trabajar, antes era difícil que supieran de menos leer y escribir, sólo que fueran religiosas sabía un poco más, pero ahora hasta hay una que estudio Derecho hace un par de años. No todas terminan estudios, pero mínimo estudian hasta la secundaria; allá en el norte sí estudian más, allá hay varias contadoras, agrónomas, doctoras, sicólogas, de esas que trabajan con computadoras y hasta hay una muchacha en el ejército, hasta una mujer, vea si no han cambiado las cosas<sup>12</sup>.

El testimonio de Ignacio da señal del aumento del nivel educativo de la tercera generación en ambas localidades, en comparación con sus predecesoras. El formarse profesionalmente parece ser algo no pretendido por la mayoría de los jóvenes de ambas localidades, sobre todo por los varones quienes sólo esperan llegar a cumplir los 15 años o concluir la secundaria para iniciar su experiencia migratoria en los Estados Unidos. La migración de los varones en Telonzo, favoreció el aumento de la educación superior de la población femenina (26 % a diferencia de un 15 % de los hombres), aunque sólo el 8 % concluye una profesión, según la encuesta aplicada en la entidad. Y esta diferencia es reconocida por los habitantes del lugar, así lo expreso una lugareña:

Aquí hay más mujeres preparadas que hombres. Lo que pasa es que ellos prefieren irse al norte y las muchachas, aquí se quedan y siguen estudiando. Aunque si ellas han seguido en el estudio es porque muchas veces los hermanos que tienen allá, les mandan pa' qué estudien. También hay muchas [jóvenes] que hacen las dos cosas: estudian y trabajan pa' sacar adelante sus estudios. Ahí está la hija de doña Catalina [que es Contadora], ella es un ejemplo y así como ella hay otras<sup>13</sup>.

Esta persistencia en la educación de las jóvenes las está llevando a buscar otras aspiraciones futuras. Y sus madres están felices, aunque no las abuelas, así lo manifestó Amelia:

Me siento muy feliz de que mi hija se haya decidido por estudiar una carrera, porque ya ves, aquí no hay otro futuro que casarse y estar metida todo el día en el quehacer de la casa y el cuidado de los hijos. Se lo hice ver desde chica, que el estudio y la dedicación la iban a llevar muy lejos y ve ahora donde está: trabajando en un hospital, que no es cualquier cosa. Pero no sabes que de problemas y chismes causaron sus abuelos cuando se fue a Morelia a estudiar, decían: que la estaba mandando directo a la perdición. Pero gracias a Dios y a la inteligencia de ella no fue así [...]; horita la criticaran de qué no sabe hacer de comer, pero sí sabe hacer una operación y eso es más grande<sup>14</sup>.

La formación profesional está llevando a un grupo minoritario aún de telonceñas y saucillenses ocuparse de tareas de "mayor prestigio", es decir, en empleos en hospitales, despachos, oficinas y comercios, escuelas, entre otras<sup>15</sup>. Y están satisfechas con su carrera, la cual han logrado con muchos sacrificios de sus padres o de ellas mismas, pues en ocasiones tuvieron que trabajar en casas como empleada doméstica para poder sacar adelante sus estudios. Lupita expreso su experiencia:

Ahora recuerdo aquellos días de escuela con nostalgia, pero fueron días muy duros. Nunca me imaginé que pudiera terminar una carrera pues en mi casa nadie lo había hecho. Mi patrona me ayudó mucho, si no quién sabe si hubiera podido, me quedaba a dormir en su casa. En la mañana hacía el quehacer de la casa y por la tarde me iba a Jiquilpan a la escuela; fue muy

<sup>12</sup> Entrevista a Ignacio Yépez, El Saucillo, Mich., febrero del 2013. Don Ignacio es el encargado del orden de la localidad, es migrante como la mayoría de los saucillenses y conoce los casos de quienes han estudiado aquí y allá, en la Unión Americana.

<sup>13</sup> Entrevista a Patricia Hernández, Telonzo, Mich., febrero del 2013. Haciendo un recuento con el abuelito del esposo de Paty, persona de gran conocimiento de los acontecimientos del rancho, se refería a más de 25 jóvenes que se han graduado en los últimos años de maestras, contadoras, enfermeras, doctoras, secretarias, abogadas, administradoras, entre otras.

<sup>14</sup> Entrevista a Amelia Hernández, Telonzo, Mich., febrero del 2013.

<sup>15</sup> El prestigio implica reconocimiento y respeto de los demás, se integra por cualidades socialmente sancionadas como positivas, benéficas y loables. Entonces como afirma Urbina (2006: 102): "Hablar de prestigio es hablar de interacción social: de prácticas, capacidades y capitales que cualifican a un individuo o a un conjunto de individuos y que conlleva la aceptación y reconocimiento social". Podemos referirnos entonces como actividades de "mayor prestigio" aquellas que no sólo tengan mejores sueldos, sino que también gocen de otros elementos, como son: mayores niveles educativos, los espacios donde se realiza la actividad, las relaciones que se establecen y con criterios éticos y morales operantes en la sociedad local.

duro y sólo yo supe cómo pude sacar todo adelante: el quehacer de la casa y las tareas. A la casa [paterna en Telonzo] sólo venía cada 15 días o cada mes.

Ahora tengo 8 meses trabajando en un despacho en Zamora, voy y vengo todos los días, aunque ahora que me case viviré allá.

[Y el trabajo, le pregunté:] No lo voy a dejar ya lo platicué con mi novio. Tú crees que lo voy a dejar después de todo lo que luché para estar donde estoy, ¡noooo! Lo bueno que los dos estamos de acuerdo<sup>16</sup>.

El matrimonio entre algunas jóvenes de esta generación sigue teniendo importancia, pero el que lo contraigan no significa que les impedirá ejercer su profesión. Este fue caso de Evelin Yépez, ella trabaja en un banco en Celaya, California, desde hace un año, aún no termina su profesión, pero piensa concluirla aun estando casada, porque planeaba casarse en diciembre del siguiente año en que fue entrevistada. El en que se le entrevisto, sus abuelos estaban presentes y no dejaban de intervenir para manifestar lo orgullosos que estaban de sus logros. Decía don Leopoldo: “trabaja en un banco y se va a casar con un gabacho”. La chica apenada les decía: “hay papá Leopo no me presumas tanto. Y del matrimonio, lo bueno será que logre hacer vida con él porque si no te advierto que me divorcio”<sup>17</sup>. Don Leopoldo respondió: “como ve, el pensamiento de las nuevas generaciones, ya no se casan pa’ toda la vida como nosotros, nomás van a ver si les va bien. Cuando uno se casaba antes era hasta que la muerte nos separaba y ahora ante cualquier problemita se dejan”<sup>18</sup>.

Para las nuevas generaciones el matrimonio tiene otro significado, priorizan la convivencia y la vida en pareja, el tomar acuerdos respecto al trabajo femenino y el desarrollo de proyectos personales. Pero también enfrentan las circunstancias de vivir solas y como jefas de familia; en ambas localidades se encontraron casos de mujeres que fueron “abandonadas” por sus parejas<sup>19</sup>, se separaron de su pareja o son madres solteras, y se ocupan de educar y mantener a sus hijos a quienes quieren proporcionar mejores condiciones de vida a diferencia de las que ellas tuvieron.

Sin duda, el aumento del nivel educativo entre otros factores, como los medios de comunicación, la diversificación de las actividades laborales, las nuevas legislaciones pro-equidad de género, la migración a EE.UU.— entre otros factores—, llevaron a una transformación de las diferencias de género en Telonzo y El Saucillo. Los cambios no son radicales, pero se vislumbran modificaciones del cómo se socializa y educa a los hombre y mujeres en los hogares rurales, donde la división de tareas y de roles comienzan a realizar de forma indistinta como también sucede con el acceso a las oportunidades educativas y de formación profesional.

## REFLEXIONES FINALES

La educación formal e informal sin duda ha marcado la vida de las tres generaciones analizadas en este trabajo. Estos tipos de educación respondieron a las circunstancias generadas por el orden de género imperante a lo largo del siglo XX, el cual estableció, reglamentó y condicionó la conducta objetiva y subjetiva de las personas, atribuyendo características distintas a cada sexo (Lamas, 2003: 324). Constituyó un sistema de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder que dieron contenido específico al cuerpo sexuado, a la sexualidad y a las diferencias físicas, socioeconómicas, culturales y políticas entre los sexos. Y con ello socializó, educó y construyó a los hombres y mujeres que demanda la sociedad.

---

<sup>16</sup> Entrevista a Guadalupe Rivas, Telonzo, Mich., febrero del 2013. Lupita es hija de Braulio Rivas y Catalina Hernández, quienes también fueron entrevistados para este trabajo. Ella es la hija menor del matrimonio, tiene 24 años y ve su futuro muy diferente al que sus padres vivieron. Considera que el matrimonio es “una sociedad entre dos, donde se debe aportar tanto de un lado como de otro, si no, no funciona. Porque si lo vas a convertir en una guerra de poderes, no se van a poder hacer las cosas”.

<sup>17</sup> Entrevista Evelin Yépez, El Saucillo, Mich., 26 de diciembre del 2005.

<sup>18</sup> Entrevista a Leopoldo Ochoa, El Saucillo, Mich., 26 de diciembre del 2005.

<sup>19</sup> Con este término se califica a aquella mujer que estuvo casada y fue abandonada por el marido por diversas razones, aunque predomina por la construcción de otro hogar por parte del esposo; también se encuentran aquellos casos donde el marido migró a EE.UU y nunca volvió abandonando a su esposa e hijos, o aquellos que provocan que lo abandonen por violentos.

Ya Piaget lo decía: una de las finalidades de la educación es “acumular conocimientos útiles”, pero la pregunta surge ¿útiles en qué sentido o útiles para qué o quién? ¿Para construir el género? ¿Para formarnos para la vida? ¿Para producir algo? o ¿Aprender a repetir? Sin duda la educación en la familia -informal- y la escuela -formal- han sido elementos fundamentales que coadyuvan a construir el género y las diferencias entre hombres y mujeres. La educación tiene varias orientaciones y no sólo se refiere a las pedagógicas, académicas, sino también aquellas que permiten construir al individuo que la sociedad ocupa para reproducirse y continuar.

En este ensayo se ha concebido que, si bien la educación informal y formal ha reproducido las diferencias y desigualdades de género, también propiciaron cambios significativos en las concepciones del ser y hacer femenino. Y que poco a poco fueron menguando la preeminencia del orden de género. A principios del último tercio del siglo pasado, pocas mujeres en las localidades rurales habían accedido a una educación formal, no tenían otro prospecto de vida que organizar su identidad -o identidades- desde su contexto familiar y de su rol de madre-esposa. Pero a partir de estos años, también comienza a operarse un cambio con el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo y con el mejoramiento de las condiciones de vida (educación, situación económica, organización familiar, participación sociopolítica, entre otras). Al mismo tiempo se empiezan a resaltar múltiples identidades de mujeres que ejercen una profesión y desarrollan actividades productivas. Esto dio pie a una reconstrucción de identidades donde la resignificación de roles tradicionales llevó a la formación de nuevas representaciones simbólicas y los derechos que tienen a decidir y ejercer. Y todo ello, sin duda, se genera las condiciones para combatir las diferencias de género como se ha presentado a lo largo de este trabajo.

A la luz de la propuesta teórica de Berger y Luckmann (2012), la familia resulta ser un primer referente de socialización y aprendizaje que va forjando lo femenino o lo masculino como una construcción meramente social que se aprende desde casa, se enseña, se comparte o se legitima. Posteriormente en las interrelaciones que van construyendo a lo largo de la vida los seres humanos, podríamos decir que ser hombre o ser mujer no es más que una posible elección, dado que los sujetos asumen posturas, toman decisiones y por tanto hacen una reapropiación de normas o costumbres aprendidas. Entonces, hablar de hombres y mujeres, son dos categorías sociológicas que nos permiten explicar la multiplicidad de las relaciones humanas, pero eso es otra veta de análisis que sería interesante discutir en otro artículo.

## REFERENCIAS

1. Berger, Peter L. y Luckmann Thomas. Construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores, 2012.
2. Berk, Sarah F. The gender factory: the apportionment of work in american households, Nueva Cork, Plenum. 1985.
3. Bourdieu, Pierre. La dominación masculina. Barcelona, ANAGRAMA. 2000.
4. Córdova Plaza, Rosio. Los peligros del cuerpo Género y sexualidad en el centro de Veracruz, México, Plaza y Valdez - Benemérita Universidad de Puebla. 2003.
5. Eguiluz de Antaño, Alicia y María Luisa González Marín "Efectos del neoliberalismo en la familia y en el hogar" en González Marín, María Luisa (Coord), Mitos y realidades del mundo laboral y familiar de las mujeres mexicanas, México, Siglo XXI - IIE-UNAM. 1997.
6. El popular.pe, "México: niños "juegan" a ser sicarios y matan amigo" en <http://www.elpopular.pe/actualidad-y-policiales/2015-05-18-mexico-ninos-juegan-ser-sicarios-y-matan-amigo>. 2015.
7. Galván Lafarga, Luz Elena. "Maestros y escuelas rurales en la política educativa" en Rosas Carrasco, Lesvia Oliva (Coord.), La educación rural en México, México, Siglo XXI. 2006, pp. 39-72.
8. Gamboa Herrera, Jonatan Ignacio. Las misiones culturales 1922-1927. <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v09/ponencias/at09/PRE1178909741.pdf>. (2017)
9. Heller, Angnes. Historia de la vida cotidiana. Aportaciones a la sociología socialista, Barcelona, Grijalbo. 1971.
10. KayVaughan, Mary. "El alfabetismo y la educación de las mujeres del campo durante la Revolución Mexicana: ¿la subversión de un acontecimiento patriarcal?" en Heater Fowler-Salamini y Mary Kay Vaughan (editoras), Mujeres del campo mexicano, 1850-1990, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán. 2003, pp.177-202.
11. Lamas, Martha. "Cultura, género y epistemología" en José Valenzuela Arce (coord.), Los estudios culturales en México. México: FCE. 2003, pp.328-353
12. Mummert, Gail. "Dilemas familiares en un Michoacán de migrantes", en Diáspora michoacana, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán. 2003, pp.113-146.
13. Navarro Ochoa, Angélica El impacto de los emigrados retornados en Santiago Tangamandapio, 1920-1990, Tesis de licenciatura en Historia, Morelia, Mich., Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. 1998.
14. Navarro Ochoa, Angélica. Relaciones de género y trabajo femenino en dos localidades del municipio de Santiago Tangamandapio, Mich., tesis doctoral, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán. 2007.
15. Rea, Daniela. "Los niños zetas". En <http://revistareplicante.com/los-ninos-zetas/> (2010)
16. West, Candence y Don H. Zimmerman. "Haciendo el género", en Navarro, Marysa y Catharine R. Stimpson (Comps.), Sexualidad, género y roles sexuales, México, FCE, 1999, pp.109-144.
17. Wilson, Fiona. De la casa al taller, Zamora, Mich., El colegio de Michoacán. 1990

## Entrevistas

- Andrade, Jesús, Telonzo, Mich., Febrero de 2013  
Hernández, Amelia, Telonzo, Mich., Febrero de 2013.  
Hernández, Patricia, Telonzo, Mich., Febrero de 2013

- Mandujano, Rosa, Telonzo, Mich., Febrero de 2013.  
Ochoa, Leopoldo, El Saucillo, Mich., diciembre de 2005.  
Olivares, Teresa, El Saucillo, Mich., Febrero de 2013.  
Rivas, Guadalupe, Telonzo, Mich., Febrero de 2013.  
Valencia, Agripina, El Saucillo Mich., Febrero de 2013.  
Yépez, Ignacio, El Saucillo, Mich., Febrero de 2013.  
Yépez, Evelin, El Saucillo, Mich., diciembre de 2005.